



Explorando las cuestiones filosóficas, políticas y humanas que configuran el mundo BRICS+, por Gillian Greer Schutte

Posted on Septiembre 17, 2025

Los BRICS se han convertido en una de las formaciones más comentadas a nivel mundial. Descritos como un contrapeso al dominio occidental, un defensor del Sur Global o una coalición pragmática de potencias emergentes, plantean una pregunta crucial: ¿tienen realmente los BRICS una ideología?

¿Tienen los BRICS una ideología?

Los BRICS se han convertido en una de las formaciones más comentadas a nivel mundial. Descritos como un contrapeso al dominio occidental, un defensor del Sur Global o una coalición pragmática de potencias emergentes, plantean una pregunta crucial: ¿tienen realmente los BRICS una ideología?

La respuesta tiene múltiples capas. Los BRICS no son un bloque ideológico. Son una coalición geopolítica, un espacio donde países con diferentes sistemas políticos, estrategias económicas y realidades sociales se unen para perseguir intereses comunes. Lo que los conecta no es una visión común del mundo, sino una

insatisfacción compartida con la forma en que el poder global se ha concentrado durante décadas en manos de Estados Unidos, Europa y las redes institucionales que han configurado la gobernanza global, en particular la OTAN, el FMI, el Banco Mundial y el sistema de Bretton Woods en su conjunto. Los BRICS ofrecen una plataforma para contrarrestar este orden, a la vez que abren el debate sobre cómo podrían evolucionar los sistemas económicos y políticos al margen de la hegemonía occidental.

En esencia, los BRICS promueven el principio de multipolaridad, un acuerdo geoeconómico que desafía la idea de un único centro global de poder. Defienden la soberanía, la no injerencia, un comercio más justo y una mayor representación de los países en desarrollo en las instituciones globales. Para gran parte del Sur Global, estas demandas responden a largas historias de colonización, extracción de recursos, dependencia de la deuda y exclusión de la toma de decisiones. El impulso reformista de los BRICS para desafiar y reformular el FMI, el Banco Mundial y el marco más amplio de Bretton Woods es fundamental en este momento, junto con la creación de instituciones alternativas como el Nuevo Banco de Desarrollo (NDB), lo que indica un deseo de redistribuir no solo la influencia global, sino también las condiciones del desarrollo, la deuda y la inversión.

Sin embargo, surge una pregunta más profunda: ¿cómo afectará este nuevo orden económico la vida de la gente común, las masas ya desposeídas por la austeridad, la desigualdad y los programas de ajuste estructural impuestos bajo el antiguo orden? ¿Cómo garantizará que la prosperidad no se limite a las élites, sino que se filtre hacia abajo para beneficiar a la mayoría?

Cada país BRICS+ ofrece un panorama social único. Brasil es un motor de producción agrícola e industrial, pero sus pueblos indígenas y comunidades rurales se enfrentan al despojo de tierras y a la presión ambiental. Los centros urbanos prosperan, pero la desigualdad persiste. El crecimiento digital e industrial de la India es notable, pero las jerarquías de castas y la pobreza rural siguen condicionando la vida de cientos de millones de personas. Rusia aporta fortaleza energética, influencia geopolítica y un compromiso con las alianzas multipolares, a la vez que enfrenta disparidades regionales y desafíos sociales. Sin embargo, su papel estratégico dentro del BRICS la posiciona como un puente, especialmente a través de la cooperación en energía, infraestructura y seguridad.

China destaca por sus vastos logros en la reducción de la pobreza, sacando a cientos de millones de personas de la pobreza extrema en las últimas décadas mediante la planificación estatal, la inversión a gran escala y programas sociales específicos. Esto no es solo un logro técnico, sino una transformación social que desafía la idea de que la integración global debe dejar atrás a los vulnerables. Sudáfrica aporta el peso simbólico y moral de su lucha contra el apartheid, pero su economía posliberación sigue marcada por el capital monopolista blanco y una élite compradora que aún no ha logrado una redistribución significativa para la mayoría. La tierra, el empleo y la inclusión económica siguen siendo tareas inconclusas. Los países del Golfo aportan riqueza energética y fondos soberanos, pero cuentan con sistemas monárquicos y teocráticos que plantean nuevos interrogantes para la política social.

Al buscar orientación ética y filosófica, los BRICS podrían inspirarse en los fundamentos culturales de sus miembros. Las tradiciones chinas, incluidas las ideas taoístas de armonía, equilibrio social y cuidado de la colectividad, podrían inspirar modelos de desarrollo que trasciendan el lucro. África ofrece el ubuntu, una ética de interconexión humana, dignidad y bienestar colectivo, junto con la tradición política del panafricanismo, que aboga por la solidaridad, la soberanía y la justicia entre pueblos históricamente marginados.

Hay ejemplos históricos que vale la pena estudiar. Libia, bajo el gobierno de Muamar el Gadafi, desarrolló un modelo social que canalizó la riqueza petrolera hacia la atención médica, la educación, la vivienda y la renta básica gratuitas, con el objetivo de distribuir los recursos directamente a la población. Este sistema fue violentamente truncado, no por un colapso interno, sino por la intervención de Estados Unidos y la OTAN, que destruyó un contrato social poco común en la región. La experiencia de China demuestra cómo el desarrollo dirigido por el Estado puede cambiar las oportunidades de vida de cientos de millones de personas, desafiando las afirmaciones neoliberales de que los mercados por sí solos pueden generar inclusión.

Quizás sea hora de que los BRICS imaginen un documento filosófico y ético compartido: no una ideología rígida, sino un marco basado en los principios humanísticos arraigados en las tradiciones de cada miembro. Dicho documento podría servir como una guía flexible, garantizando que el impulso a la reforma global se corresponda con el compromiso de impulsar a las masas: traducir la ambición multipolar en avances concretos en materia de medios de vida, protección social y dignidad. La ética espiritual y cultural puede tener más fuerza en este orden mundial emergente que los viejos eslóganes ideológicos.

Un BRICS basado en principios humanistas podría llegar a ser más que un contrapeso geopolítico: podría ofrecer una visión de soberanía, solidaridad y florecimiento compartido que se dirija no sólo a los Estados sino a la gente.

Gillian Greer Schutte cineasta, escritora y teórica crítica racial sudafricana, cuyo trabajo conecta los medios de comunicación, la política y la justicia social. Profesora honoraria de la Escuela de Posgrado de Gestión Pública y del Desarrollo de la Universidad de Wits, ha producido estudios de caso sobre hipermedia y cine de uso global en colaboración con la Escuela de Gobierno Kennedy de Harvard.

Artículo publicado en la **Agencia Africana de Noticias**

El Maipo/BRICS